

SUBVERSIÓN FEMINISTA DE LA ECONOMÍA

Amaia Pérez Orozco

(Extracto páginas 208 a 2013 y 226)

Una noción de la vida que niega la vulnerabilidad

El sistema socioeconómico está pensado para sujetos que ni tienen necesidades propias de cuidados, ni responsabilidades sobre los cuidados ajenos. El capitalismo heteropatriarcal impone como objetivo vital de trascendencia la autosuficiencia en y a través del mercado. El Sujeto Mayoritario, el BBVAh¹, es un ser que se vale por sí mismo; todo lo que necesita lo puede lograr si se esfuerza lo suficiente.

Si no lo puede lograr, cae en el otro lado de la dicotomía: es dependiente, su bienestar está en función de un otro ajeno. Esta es otra de las dimensiones de la matriz heterosexual: la autosuficiencia masculina frente a la dependencia femenina; normatividad que cuaja en el modelo de familia nuclear: el ganador del pan mantiene al ama de casa. Frente a este discurso, nos preguntamos: si todos fueran seres dedicados en cuerpo y alma a lo público, ¿no se extinguirían en una generación? Ese ganador del pan necesita cuidados y alguien se los da.

Hay una condición básica de la existencia que no puede trascenderse ni obviarse: la materialidad de la vida y de los cuerpos. La vida es vulnerable y finita; es precaria, si no se cuida, no es viable. De ahí que debemos preocuparnos por establecer sus condiciones de posibilidad, que no son automáticas. Como afirma Judith Butler, «la vida exige que se cumplan varias condiciones sociales y económicas para que se mantenga como tal». Y una de esas condiciones irremplazables son los cuidados. Todas las personas desesitamos² cuidados todos los días de nuestra vida, aunque la intensidad y el tipo de cuidados que necesitemos varíe. Más aún, en casi todos los momentos vitales podemos autocuidarnos e involucrarnos en relaciones de cuidado mutuo (dando y recibiendo). Podemos, también, encargarnos de quienes tienen su capacidad de autocuidado limitada por algún motivo. A lo largo del ciclo vital nuestras desesidades de cuidados y nuestra capacidad de autocuidarnos y cuidar a otrxs cambian. Pero siempre necesitamos cuidados y casi siempre podemos cuidar. Los cuidados muestran que la vida es una realidad de interdependencia: la única manera de lidiar con la vulnerabilidad es junto a otrxs. «La precariedad implica [...] la dependencia de unas personas que conocemos, o apenas conocemos, o no conocemos de nada» (Butler, 2009: 30). En palabras de Silvia L. Gil: «La interdependencia, como lazo que nos ata a los otros, se encuentra en el corazón de toda vida [...] aún habitando en la dispersión, nadando entre diferencias, perdiéndonos entre relatos fragmentados, no existe vida posible sin esa dimensión común de la experiencia».

La vulnerabilidad y, por ende, la interdependencia son condiciones básicas de la existencia y, sin embargo, se nos impone un modelo normativo de autosuficiencia: la figura que la economía feminista ha denominado *trabajador champiñón*, que es el que se supone firma el contrato social del proyecto modernizador. *Él* actúa independientemente en la esfera de lo público. En términos económicos se mantiene a sí mismo gracias a lo que obtiene en el mercado. *Él* es el único que trabaja y saca adelante la economía. Este sujeto es la encarnación de una relación unidireccional más amplia:

¹ Se refiere al sujeto blanco, burgués, varón, adulto.

² La unión del deseo y la necesidad.

los mercados sacan adelante a la sociedad, las personas dependemos de la buena marcha de las empresas. *Él* es *él* porque esta noción de separabilidad y autosuficiencia es un componente integral de la masculinidad (en la matriz heterosexual); esto no quiere decir que ese *él* no pueda ser, al menos parcialmente, habitado desde cuerpos leídos como mujer.

Esta figura de un *él* racional e independiente que protagoniza la economía es un espejismo, que se basa en ocultar las dependencias y a los sujetos que las resuelven. *Él* tiene como contracara oculta a *ella*, sujeto subalterno definido como dependiente, que habita la esfera invisibilizada donde se cubren las necesidades de cuidados del trabajador champiñón así como el resto de cuidados requeridos que ese sujeto no proporciona. La falacia de la autosuficiencia se basa en la naturalización del proceso por el cual *él* recibe cuidados de *ella* sin reconocerlo a la par que se desentiende de darlos, siendo *ella* la que se encarga. Se niega la relevancia de los cuidados como un trabajo, como una dimensión de la vida y como una tarea socialmente imprescindible. Este conjunto de falsedades no solo ignoran la vulnerabilidad de la vida, sino que implican que la realidad de interdependencia en la que ese sujeto está inserto no se resuelve en términos de horizontalidad, sino de asimetría, sobre las transferencias desiguales de cuidados y sobre la explotación. Más aún, no se generan estructuras colectivas para lidiar con la vulnerabilidad de la vida y organizar la interdependencia.

Una vida construida en torno a los mercados significa que una gran parte de la población, esos *ellos*, no asume diariamente la parte de cuidados que le toca: bien porque el mercado laboral exige plena disponibilidad y no deja tiempo para otras cosas, bien porque su objetivo vital es insertarse en lo público y en el mercado, prefiriendo delegar los cuidados a alguien para que no sean una *rémora*. Sin *ellas*, sujetos subalternos que se encargan de los cuidados, no hay *ellos* que vayan al mercado ni a ningún otro lugar. No se trata solo de ocultar un ámbito clave de actividad socioeconómica, sino de imponer un modelo vital de autosuficiencia, que no es universalizable ya que solo se mantiene al ocultar las dependencias y a los sujetos que las resuelven. Este discurso violento es la base para un sistema socioeconómico en el que la vida se pone al servicio de la acumulación de capital. La autosuficiencia es una quimera dañina cuya violencia vemos en el funcionamiento de los cuidados, en su crisis y en la injusticia de las cadenas globales de cuidados, asunto sobre el que nos volcamos a continuación.

Sistemas de cuidados injustos en transformación

Esta Cosa escandalosa no es insostenible solo en términos medioambientales, como denuncia el ecologismo, sino también en términos sociales. Su pervivencia (su lenta agonía) se da sobre la base de sistemas de cuidados injustos, caracterizados por tres elementos. En primer lugar, la inexistencia de una responsabilidad social en proporcionar los cuidados necesarios. Esta responsabilidad queda relegada a los hogares, se saca del ámbito de lo público y se subsume en el terreno de lo privado-doméstico, con los medios que cada quien tenga disponibles (dinero o tiempo). Segundo, la feminización de la responsabilidad sobre los cuidados, que se gestionan bajo la ética reaccionaria del cuidado, en torno a la división sexual del trabajo y naturalizando la capacidad y el deseo de cuidar como consustanciales al ser mujer. Y finalmente, derivado de lo anterior, la constitución de un nexo sistémico entre cuidados y desigualdad. En la medida en que los cuidados no se valoran, quien puede se desentiende de ellos y los transfiere a otras personas. Los cuidados recaen en quienes

tienen menos capacidad de delegar; cuidar posiciona en una situación de vulnerabilidad. Al mismo tiempo, quienes tienen peor posición socioeconómica acceden a cuidados de peor calidad, porque disponen de menores medios para cubrirlos a la par que tienen una sobrecarga. En conjunto, se producen flujos asimétricos de cuidados de unos grupos sociales a otros (de mujeres a hombres, de clases populares a clases medias-altas, de hogares migrantes a autóctonos, de países de la periferia a los del centro, etc.) y el acceso a cuidados satisfactorios y libremente elegidos se convierte en un eje de fuerte diferenciación social.

Al identificar cómo funcionan los cuidados extraemos conclusiones que no se refieren solo a estos, sino al conjunto del sistema. Hay una conexión directa entre estos tres elementos definitorios de la injusticia de los sistemas de cuidados y los tres elementos característicos del capitalismo heteropatriarcal: los mercados capitalistas se ponen en el epicentro, con lo que no hay una responsabilidad colectiva en sostener la vida, sino que esta se privatiza; esa responsabilidad se feminiza en un triple sentido: simbólico, subjetivo y material; y el sistema precisa de la desigualdad para invisibilizar trabajos, sujetos y esferas donde se oculta el conflicto capital-vida.

En el contexto del capitalismo fordista y la edad de oro del Estado del bienestar, los cuidados se resolvían gracias a la imposición de la clásica división sexual del trabajo. A nivel macrosocial, el mercado laboral y el Estado del bienestar se articulaban dando por hecho ese colchón infinitamente flexible de los cuidados. A nivel micro, la familia nuclear fordista encarnaba la norma que marcaba la desviación y el ideal al que aspirar. Las mujeres no estaban ausentes de la economía, sino que tenían una presencia ausente: redes de mujeres sumamente activas que gestionaban los cuidados desde la invisibilidad y estallaban el modelo de ama de casa encerrada entre cuatro paredes. Doble invisibilidad de las mujeres de clase obrera que no cumplían fielmente ni con el modelo de trabajador libre de toda carga, ni con el de madre y esposa abnegada. Este sistema era profundamente injusto, pero garantizaba cierta paz social en la medida en que no se hiciera ruido con la denuncia de la división sexual del trabajo.

Llamamos crisis de los cuidados a la quiebra de este modelo previo de gestión de los cuidados, la forma en que se cerraba día a día el ciclo económico. Este modelo estalla por muchos factores. Por cambios en las expectativas vitales de las mujeres y en los requerimientos de cuidados asociados al envejecimiento de la población. Pero también por otros motivos de los que no se quiere hablar: el modelo de crecimiento urbano y lo que Ramón Fernández Durán (2009) llama la «explosión urbana y del transporte motorizado»; la precarización del mercado laboral, que responde sistemáticamente a las necesidades empresariales y hace que los (escasos) derechos de conciliación no lleguen más que a una fracción privilegiada de la fuerza laboral; la pérdida de redes sociales y el afianzamiento de un modelo individualizado de gestión de la cotidianeidad y de construcción de horizontes vitales, que nos deja muy solxs a la hora de abordar las pequeñas grandes dificultades de la vida. Muchos de estos factores reflejan la creciente construcción del conjunto de la vida en torno a los procesos de acumulación. Pero, al mismo tiempo, se entremezclan con movimientos de rebeldía y búsqueda de autonomía vital. La crisis de los cuidados tiene que ver con subversiones al orden heteropatriarcal, así como con cambios en el orden capitalista que significan una vuelta de tuerca al conflicto capital-vida. Una mezcla explosiva.

El resquebrajamiento de ese antiguo e injusto modelo de gestión social de los cuidados vuelve urgente su reorganización. Sin embargo, esta no se produce: ni el Estado asume una responsabilidad plena en el cuidado de la población; ni a las empresas se les hace pagar por el trabajo de reproducción de la mano de obra del cual se lucran; ni construimos otras estructuras comunitarias para hacernos cargo de los cuidados.³⁶ Esta responsabilidad sigue recayendo en los hogares. En ellos, la ausencia de cambios significativos en las identidades masculinas hace que siga en manos de las mujeres.

Un lugar común al que llegar

Del decrecimiento tomamos dos ideas: en relación con *qué vida*, la afirmación de que vivir bien no es sinónimo de consumir cada vez más en el mercado, sino que *mejor con menos*; en relación con el *cómo*, la apuesta por reducir los espacios movidos por la lógica de acumulación. Del ecologismo social, resaltamos el planteamiento de que la vida humana no puede comprenderse en escisión al resto de la vida del planeta, sino como parte de ella; el reconocimiento de la ecodependencia obliga a visualizar los límites de la biosfera y, más aún, el hecho de que ya los hemos sobrepasado, si bien en esta translimitación, las responsabilidades se reparten de manera profundamente desigual. Por todo ello, en cualquier *cómo* que nos planteemos, hemos de introducir un doble criterio de austeridad y de redistribución en el uso de recursos materiales y energéticos, así como en la generación de residuos. Finalmente, en directa asociación con el feminismo recogemos la idea de que la vida hay que pensarla desde su vulnerabilidad e interdependencia, desmontando la quimera falsa, dañina y masculinizada de la autosuficiencia como objetivo existencial y su espejo oculto de la dependencia inmolada y feminizada. Y establecemos como fundamental el objetivo de sacar responsabilidades de los hogares, ponerlas en lo común y lo visible, disociando la tarea de sostener la vida de la feminidad, acabando con la división sexual de: trabajo y, en definitiva, construyendo ese *cómo* en términos de responsabilidad colectiva y democrática.